

LOS ENAMORADOS DE CRISTO.



RELACION

en que se declara el argumento que han tenido tres religiosos con el Santo Padre.

A tan sublime empeño
 el desempeño es preciso:
 el que fuere enamorado
 de mi Señor Jesucristo,
 présteme atención un rato,
 y aplique bien el oído,
 para que me entiendan todos
 desde el mayor al más chico;
 oirán de amor las finezas,
 maravillas y prodigios.
 En la gran ciudad de Roma,
 donde el Vicario de Cristo
 tiene su corte y palacio,
 que Dios guarde muchos siglos,
 le fueron á visitar
 tres religiosos antiguos,
 y dos del reino de España;
 uno de Santo Domingo,
 otro de San Agustín
 y el otro de San Francisco.

Luego que se saludaron
 con los respetos debidos,
 á Su Santidad se ofrecen
 disponga de sus servicios.
 Dijo el Pontífice entonces:
 nunca en mi presencia he visto
 tres capitanes más nobles
 de la fé de Jesucristo;
 y el coronel que soy yo
 á quien todo el cristianismo
 con mis órdenes expresas
 sujeta sus albedríos;
 y pues que juntos estamos,
 hemos de hablar un poquito
 de las tres divinas obras
 que nuestro Dios infinito
 quiso hacer por redimir
 á los hombres del peligro,
 que fué encarnar y morir,
 y quedarse Jesucristo

Sacramentado en la tierra.
De estos grandes beneficios,
y tres divinos Misterios,
¿cuál de ellos mas grande ha sido?
y al que mas claro lo pruebe
de los tres en este sitio,
le he de dar una imágen
preciosa de un Crucifijo,
que mil ducados de precio
tiene por número fijo.
Habló el Dominico, y dice:
segun el concepto mio,
digo que fué el encarnar.
Y respondió el Agustino:
yo digo que es el morir.
Dijo entonces el Francisco:
el quedar Sacramentado,
ese es mayor beneficio.
Les repuso el Padre Santo:
pues todo lo que habeis dicho
pongámoslo en discusion,
y cada cual su partido
puede defender, veremos
quien se lleva lo ofrecido.
El Dominico responde:
á lo dicho no desdigo
ni una palabra siquiera,
y me mantengo en lo dicho;
repito fué el encarnar
el amor mas infinito
que ha obrado Dios por los hombres;
de esta suerte fue el prodigio:
a madre Agueda dice,
capítulo veinte y cinco
en su escritura santa,
(cuenta que yo no lo digo)
que en Nazaret, pueblo hermoso,
de Marzo á los veinte y cinco,
al punto de media noche,
viernes á las doce mismas,
bajó el Angel San Gabriel,
y de esta suerte le ha dicho:
Ave-María de gracia,
sea el Señor contigo,
y de tu sagrado vientre
nacerá el Fruto bendito:
Has de saber que Dios quiere
que su Unigénito Hijo

venga á encarnar en tu vientre.
La Virgen ha respondido:
¿cómo he de merecer
un tan alto beneficio,
siendo yo una pobre, que
no tengo para un vestido?
y á mas de esto, soy mas casta
que el sol con sus rayos límpidos.
Angel, ¿cómo ha de ser esto?
¡Válgame Dios, qué prodigio!
Estaba la Trinidad,
los Santos Padres lo mismo,
rodeados de esta Aurora,
y el Angel le ha respondido:
que sin obra de varon
ha de ser este prodigio:
y así que dió la licencia
el Espíritu divino,
se le cayeron tres gotas
en su corazon divino
de preciosísima sangre,
¡maravilloso prodigio!
de las cuales se formó
el cuerpo de Jesucristo.
Luego el Espíritu Santo
hizo sombra de improviso,
por lo que creemos es
Dios Padre de Jesucristo;
aunque en quanto á hombre
padre ninguno ha tenido.
Madre tuvo, pues que fué
en su cuerpo concebido.
Despues que el Eterno Padre
amoroso y muy benigno,
ha unido este cuerpo y alma
á su persona, y unido
quedó hecho Dios y Hombre
todo en un instante mismo.
¡Hay amor que de aquí pase!
Y el Santo Padre le ha dicho:
padre Dominico, basta;
oigamos al Agustino,
que dice que es el morir
en una cruz Jesucristo;
que lo pruebe en argumento.
Habló luego el Agustino,
y ha dicho: una vez lo dije
y me mantengo en lo dicho.

Digo que haber muerto en cruz
fué el amor mas infinito
que obró Dios por los hombres;
escuchadme lo que digo:
no diré ya de su vida
los cansancios, los martirios,
ni en el portal de Belén
nacer al rigor del frio;
que no quiero ser molesto,
hablaré de lo preciso:
sabemos que fué azotado,
nos consta que fué escupido
en aquel Rostro sagrado,
mas hermoso que el sol mismo,
que tantas veces besaron
aquellos labios divinos
de María nuestra madre;
¡con qué pena que lo digo!
Dice San Buenaventura,
dando por número fijo,
que ciento y dos bofetadas
le dieron á Jesucristo,
y derramó en su pasion
el Señor esclarecido,
doscientas cuarenta mil
gotas de sangre, que han sido
virtudes para los hombres
todas para redimirnos;
y estando muerto en la cruz
permitió aquel Señor mismo
le dieran una lanzada,
que fué la que dió Longinos,
que le atravesó el costado,
y con clamoroso grito
entregó el espíritu al Padre,
y á los hombres finiquito.
¡Hay amor que de aquí pase?
Y el Padre Santo le dijo:
basta ya, Agustino basta,
que estoy absorto de oiros,
y el corazon palpitante
tengo de dolor partido.
Empezó el Franciscano,
y de esta suerte les dijo:
cierto es que encarnó y murió
por los hombres Jesucristo;
mas por especial favor
nos dijo aquel Señor mismo:

Para que el hombre vea
lo que le quiero y estimo,
le he de dar mi Cuerpo y Sangre
á comer estando vivo,
aunque sea á los blasfemos,
que es á los que mas abomino,
porque hay hombres en el mundo
tan perversos y malignos,
que han maldecido hasta el vientre
en donde fuí concebido.
Y si arrepentidos llegan
á aquel manjar infinito,
tambien hay Misericordia,
porque está allí Jesucristo
convidándose amoroso,
dándose á comer benigno;
tambien á los salteadores
que andan por los caminos;
y por robar lo que lleva
le quitan á un pobrecito
amargamente la vida,
dejan sin padres los hijos,
á la casa sin consuelo,
á la mujer sin marido;
mas si arrepentidos buscan
á aquel manjar infinito,
tambien hay misericordia,
porque está allí Jesucristo
convidándose amoroso,
dándose á comer benigno;
y tambien la inobediencia,
que es un pecado inicuo,
pues los hijos que á los padres
no obedecen muy propicios
á observar cuanto les mandan,
merecen un gran castigo,
para ejemplar de las gentes
condenadas al abismo;
y con un solo argumento
concluyo todo lo dicho.
Tres esposas caen malas,
llega el médico en su auxilio,
y pulsando á la primera
estas palabras ha dicho:
esta señora no sana
si no deja su marido,
su casa, caudal y hacienda,
y como pobre mendigo

por ese mundo se va.
 El marido ha respondido:
 si no es mas que eso, al instante
 voy al punto á hacer lo dicho,
 porque vivir sin mi esposa
 mi vida yo no la estimo.
 Esto fué lo que hizo Dios,
 esco mismo fué lo que hizo,
 al encarnar en María
 tan sábiamente infinito,
 vino á estar entre los hombres
 y hacerse pobre mendigo.
 Luego el médico pulsando
 á la segunda ha dicho:
 esta señora no sana
 si no muere su marido
 en una muerte afrentosa,
 y recibe mil martirios.
 El marido dice entonces:
 hágase al punto lo dicho,
 quitarme al punto la vida,
 que la vida no la estimo
 si he de vivir sin mi esposa.
 Esto fué lo que Dios hizo
 en padecer por los hombres
 tanto colmo de martirios,
 hasta que rindió en la cruz
 el último parasismo.
 Sigue el médico, y pulsando
 á la tercera, ha dicho:
 esta señora no sana
 si no le da su marido
 todos los dias que viva
 de su cuerpo un bocadito.
 Dice el marido: al instante
 hágase al punto lo dicho,
 y de este brazo derecho
 córtese me un bocadito:
 y mañana hacer lo propio
 y al otro dia lo mismo,
 hasta acabar con mi cuerpo,
 así siempre de continuo,
 que no se quede con hambre
 y yo sin carne lo mismo;
 con que daremos los dos

el último finiquito.
 ¿Hay amor que de aqui pase?
 ¿quién negará lo que he dicho?
 Esto fué lo que hizo Dios,
 esto mismo fué lo que hizo,
 en quedar Sacramentado
 para remedio infinito,
 y la salud de los hombres
 que se hallaban en peligro
 de eterna condenacion
 por los siglos de los siglos
 De los tres enamorados
 ¿cuál de ellos mas grande ha sido?
 Si sentenciara un muchacho,
 ó uno de corto juicio,
 me parece que diria
 que mayor amor ha sido
 de los tres finos esposos,
 el mas tierno y mas rendido
 aquel mismo que se dió
 á comer estando vivo.
 El Franciscano arrogante,
 y muy satisfecho ha dicho:
 ahora Su Santidad
 verá si el premio es mio.
 Los otros dos religiosos
 quisieron responder listos;
 pero su Beatitud luego
 que se estén quietos les dijo;
 y tomando él la palabra
 les habló en este sentido:
 absorto estoy de escucharos,
 soldados de Jesucristo;
 de oir estos tres Misterios
 tengo el corazon partido,
 yo no sé á quién darle el premio
 y darle á uno es preciso;
 porque si no se dirá
 que es faltar á lo ofrecido;
 tómallo tú, Franciscano,
 pues que bien lo has merecido.
 Así dió fin la cuestion
 con el Vicario de Cristo;
 y disimulen las faltas
 que el autor ha cometido.

MADRID.—Despacho: Sucesos de Hernando. Arenal, 11.